

cia, mueve aún vuestros corazones y derrama en vuestro interior las riquezas de su bondad y de su misericordia; su gracia nunca os falta, pero vosotros la recibís en un corazón tan lleno de corrupcion y de miseria, que por decirlo así, no hace efecto en él ni le mueve; es como una chispa que cae en un abismo de barro y corrupcion, y que se apaga en el mismo instante que cae en él.

Entrad dentro de vosotros mismos, amados oyentes míos, y conoced la injusticia de vuestros pretextos. Os quejais de que Dios os falta y de que esperais su gracia para convertirlos; ¿pero acaso puede haber pecador en cuya boca sea esta queja mas injusta que en la vuestra? Traed á la memoria todo el curso de vuestra vida y examinad desde la primera edad hasta ahora; el Señor os habia prevenido desde vuestra infancia con sus bendiciones, os dotó de un natural feliz, de una alma buena y de todas las inclinaciones mas favorables á la virtud; os proporcionó aun dentro del recinto de vuestra familia, socorros y ejemplos domésticos de fe y de piedad: aun se extendieron á mas las misericordias del Señor; os ha preservado de mil peligros, os ha hecho sobrevivir á muchas ocasiones en que las desgracias de la guerra han hecho perecer á vuestro lado á vuestros amigos, y acaso á los que fueron cómplices de vuestros desórdenes; se ha valido para llamaros á sí de las aflicciones, de los disgustos y de las desgracias; os ha quitado de delante los infames objetos de vuestras pasiones en el mismo tiempo en que vuestro corazón estaba mas unido á ellos; ha gobernado vuestra suerte con tanta misericordia, que ha opuesto siempre mil obstáculos á vuestras pasiones sin que háyais nunca podido llegar al cumplimiento de todos vuestros malvados deseos, faltando siempre alguna cosa á vuestra injusta felicidad; os ha facilitado em-

peños y obligaciones serias que aun á pesar vuestro os han puesto en la precision de hacer una vida prudente y arreglada para con los hombres; no ha permitido que se haya obstinado vuestra conciencia en los desórdenes, ni habeis podido conseguir el calmar vuestros remordimientos y vivir con tranquilidad en la culpa; no ha habido dia en que no háyais pensado en la vanidad del mundo y en el horror de vuestro estado; aun en medio de vuestros placeres y de vuestros excesos, se ha alterado vuestra conciencia, sin que háyais podido sosegar vuestras secretas inquietudes sino prometiéndoos una mudanza en lo porvenir. Un Dios justo y misericordioso os insta y os sigue por todas partes desde que le abandonásteis; está pegado á vosotros, dice un profeta, como se pega el gusano al vestido, para roer sin cesar vuestro corazón y haceros con la importunidad de su mordedura un saludable remedio: en este mismo instante en que os estoy hablando, está obrando en vuestro interior; las verdades santas que pone en mi boca y el haberme enviado aquí para anunciarlas, acaso es para moveros á vos solo. ¿Qué es vuestra vida sino un eslabonado de gracias? ¿qué sois vosotros sino unos hijos de dileccion y la obra de las misericordias del Señor? ¡Oh injustos! os quejais de que os falta la gracia, cuando parece que á vosotros solos se ha dignado el Señor de mirar sobre la tierra, y cuando ha estado llamando continuamente á las puertas de vuestro corazón, como si fuérais el solo entre los hombres que quisiera salvar, cuando parece que para vos solo ha dispuesto la mayor parte de los sucesos que veis acaecer todos los dias; en una palabra, cuando todos los instantes han sido unas nuevas gracias, y cuando el mayor delito será el haber recibido muchas y haber siempre abusado de ellas.

Pero para acabar de convenceros os pregunto: ¿en qué os fundais para decir que os falta la gracia? Sin duda lo decís porque conoceis que en el estado en que os hallais os costaria mucho volveros á Dios; luego os parece que tener la gracia es convertirse sin trabajo, sin violencia y casi sin conocerlo: ¿os parece que tener la gracia es lo mismo que tener pasiones que combatir, cadenas que romper, ni tentaciones que vencer; que es renacer por medio de la penitencia, sin lágrimas, sin dolor y sin dificultad? ¡Ah! sabed que sobre este pié nunca tendreis esta gracia quimérica, que siempre os ha de costar trabajo el convertirlos; que sea lo que fuere la gracia, siempre es preciso hacer héroicos esfuerzos, reprimir vuestras inclinaciones, despegaros de los objetos mas amados y sacrificar todo lo que aun nos cautiva; mirad si les cuesta trabajo á los que todos los dias se convierten á Dios, y con todo eso tienen la gracia, pues ella es quien los liberta y quien muda su corazon: preguntadlos si la gracia se lo facilita todo, si deja al amor propio algo que padecer y que sufrir; preguntadlos si tienen que sufrir mil combates, que vencer mil obstáculos, que moderar mil pasiones, y entonces sabreis si el tener la gracia es lo mismo que convertirse sin que cueste trabajo alguno: mirad si le costó algo á San Agustin; ¡qué esfuerzos no hizo para levantarse de su cieno y para romper las cadenas de hierro con que estaba atada su rebelde voluntad! Y con todo eso, ¿qué corazon hubo jamás en quien la gracia obrase con mas fuerza y abundancia que en el suyo? La conversion, pues, es un sacrificio penoso, un bautismo trabajoso, un parto doloroso, una victoria que supone combates y fatigas. Es verdad que la gracia las suaviza, pero no dispensa las batallas: si esperais para convertirlos una gracia de esta naturaleza, os aseguro que nunca la hubo, y que el esperar tan lo-

camente la libertad y la salud, es estar determinado á perecer.

Pero si el pretexto de la falta de la gracia es injusto de parte del pecador que le alega, no es menos temerario é ingrato respecto de Dios de quien se queja.

Porque decís que Dios es el dueño absoluto, y que cuando quiera sabrá hallaros; esto es, que vosotros no teneis que hacer mas que dejarle obrar, y que sin que tengais vosotros cuidado alguno de vuestra salvacion, cuando él quisiere sabrá mudar vuestro corazon. Es decir, que vosotros no teneis que hacer mas que pasar alegremente vuestra vida en deleites y culpas, y que sin cuidado alguno de vuestra parte, aun sin pesar en ello, sin poner de vuestra parte otra disposicion para la conversion que esperais, mas que una vida llena de desórdenes y continuas resistencias á su gracia, él sabrá cuándo es tiempo de llamaros para sí: es decir, que vuestra salvacion, el negocio grande y único que os interesa en la tierra, no es negocio vuestro, y que el Señor, que no os ha encargado otro en el mundo, que os manda preferirle á todos los demás, y que los desprecieis todos para entregaros á él solo, os ha dispensado absolutamente de él por tomarle á su cargo. Manifestadnos, pues, esta promesa en algun nuevo Evangelio, pues bien sabeis que en el de Jesucristo no se halla. Quanto puede responder el pecador para justificarse, dice un profeta, es una necedad, y su corazon se pone inicuaamente de parte de sus delitos contra el mismo Dios: *Stultus fatua loquetur, et cor ejus faciet iniquitatem, ut perficiat simulationem, et loquatur ad dominum fraudulententer.*¹

Finalmente, este pretexto es insensato en sí mismo. De-

¹ Isai, 32. v. 6.

cís que os falta la gracia, ya os he respondido que os engañais, que si procedierais de buena fe, debierais conocer que nunca os ha faltado la gracia; que muchas veces habeis experimentado sus saludables impresiones, que hubiera triunfado de vuestra obstinacion, si la dureza é impenitencia de vuestro corazon no la hubiera opuesto una terrible resistencia; que Dios quiere que todos los hombres se salven, que solo sacó á las criaturas racionales de la nada para que le alaben, le bendigan y le glorifiquen; en una palabra, que solamente os hizo para sí; os ha abierto, católicos, como á otros muchos pecadores, mil caminos de conversion, y que sin duda os hubieran conducido al camino derecho si no hubierais cerrado los oidos á su voz cuando os llamaba. Decís que os falta la gracia, ¿y qué quereis decir con eso? ¿Quereis dar á entender que Dios, que es nuestro Padre y de quien somos hijos, que nos tiene infinitamente mas amor que la mas tierna madre á su hijo único, que un Dios tan bueno nos deja sin socorro y en la imposibilidad de obrar bien? ¿No conoceis que este estilo es una blasfemia contra la sabiduría de Dios y que es la justificacion de todos los delitos? ¿Ignorais por ventura que por grande que fuese la herida que hizo á nuestra libertad la caída de Adan, con todo eso, nos quedó la suficiente? ¿que ni habria fe ni le estarian impuestas al hombre ningunas obligaciones, si no tuviera real y verdadero poder para cumplirlas? ¿que en tal caso, la religion en vez de servir de socorro y de consuelo, solo seria una desesperacion y un lazo? ¿que si no obstante todo el cuidado que Dios tiene de nuestra salvacion, perecemos, siempre es por defecto de nuestra voluntad y no por falta de su gracia? ¿que nosotros solos somos los autores de nuestra perdicion y de nuestras desgracias, que en nuestra mano estuvo el evitarlas, y que infinitos pecadores,

sin mas gracia ni mas auxilios que nosotros, rompieron sus cadenas y glorificaron á Dios y á sus misericordias con una nueva vida?

Pero aun cuando no fueran tan ciertas estas verdades de la fe, y aun cuando fuera verdad, católicos, que os falta la gracia, tambien seria indubitable que Dios os habia abandonado del todo, que estardis señalados con un carácter de reprobacion y que no podia ser peor vuestro estado, porque no tener gracia es la situacion mas terrible de todas y la mas segura señal de una condenacion eterna; y con todo eso, este mismo pensamiento tan terrible os asegura, justifica para con vosotros mismos vuestra tranquilidad en la culpa, os hace dilatar vuestra conversion sin recelo, sin remordimientos, y aun sirve de disculpa á vuestros desórdenes, es decir, que os hallais contentos con no tener esta gracia preciosa; os decís con gusto á vosotros mismos: Dios aun no se acuerda de mí; yo no tengo otra cosa que hacer mas que vivir tranquilamente en la culpa; su gracia aun no vendrá tan presto: es decir, que no la deseais, y que sentireis el que viniese á romper las cadenas que aun amais: no tener la gracia debiera ser para vosotros el motivo mas fuerte y el mas poderoso para salir de vuestro deplorable estado, y es el único que os tranquiliza y os detiene.

Por otra parte, quanto mas dilatais la conversion menos gracia teneis, porque se multiplican mas vuestras culpas, se aleja Dios mas de vosotros, se acaban sus misericordias, y se pasa el tiempo de la indulgencia; vuestra medida se llena, se acerca el término terrible de su indignacion, y si acaso es cierto que hoy no teneis la gracia suficiente para convertirlos, tambien lo es que en ningun tiempo la tendreis ni aun para conocer que teneis necesidad de la conversion y de la penitencia.

Y así, católicos, no os quejeis de la gracia; quejaos sí de vosotros mismos. Agustino, en el tiempo de sus tibios deseos de conversión, ¿se quejaba acaso del Señor en la dilación de su penitencia? No por cierto. No buscaba la razón en otra parte mas que en su flaqueza y en el desorden de su corazón. Hallábame, dice él mismo, con un corazón enfermo y lleno de remordimientos; acusábame á mí solo de mis desgracias y de la dilación que yo oponía á una nueva vida: *Sic ægotabam, et excruciebar, accusans me metipsum.*¹ Daba vueltas dentro de mis propias cadenas sin hacer esfuerzo alguno, como si ellas hubieran de romperse por sí mismas: *Volvens, ac versans me in vinculo meo, donec abrumperetur totum.* Pero vos, Señor, no cesábais de castigar mi corazón con secretas amarguras, obrando en él continuamente con una misericordiosa severidad, remordimientos penetrantes que turbaban toda la dulzura de mi vida: *Et instabas tu in occultis meis, Domine, severa misericordia flagella ingeminans timoris, et pudoris.*² Con todo eso, las diversiones del mundo, que siempre había amado y aun amaba, me detenían: *Retinebant me nugæ nugarum antiquæ amicæ meæ,* y me decían en secreto: ¿es posible que hayas de renunciar á nuestros deleites? *¿Domittis ne nos?* ¿Te has de despedir desde este instante de todo lo que hasta ahora ha sido el deleite de tu vida? *¿A momento isto non erimus tecum ultra in æternum?* ¿Es posible que de aquí adelante no te ha de ser permitido el ver á las personas á quienes mas amabas? ¿Te has de separar de los amigos que te acompañaban en los placeres? ¿Te has de desterrar de sus concurrencias? ¿Te has de privar

1 Confes. lib. 8. cap. 2. núm. 25.

2 Ibid. núm. 26.

de los mas inocentes deleites y de todos los consuelos de la sociedad? *¿A momento isto non tibi licebit hoc, et illud ultra in æternum?* ¿Te parece que podrás sufrir la molestia de una vida tan triste y tan distinta de la que has hecho hasta aquí? *¿Putas ne sine istis poteris?*

Este pecador, medio movido á su conversión, hallaba las razones de su dilación y resistencia en el temor de renunciar á sus pasiones y de no poder sufrir una nueva vida; pero no en el defecto de la gracia, y este es el mismo estado en que vosotros os hallais y lo que os decís todos los dias á vosotros mismos.

Y si no, supongamos que os falta la gracia; ¿qué inferís de aquí? ¿Inferís acaso que las culpas en que os hallais sumergidos no han de ser causa de vuestra condenación si llega la muerte á cogeros en este deplorable estado? Me parece que no os atreveréis á decirlo: ¿que no teneis que hacer mas que vivir tranquilamente en vuestros desórdenes, esperando á que Dios os mueva y que os dé la gracia? Pues sabed que es cosa ridícula el esperar la gracia, haciéndose cada dia mas indigno de ella. ¿Que no sois culpable en la presencia de Dios de la dilación de vuestra conversión, porque no depende de vosotros? Eso era querer que todos los pecadores que dilatan su conversión y mueren impenitentes, pudieran justificarse. ¿Que no debeis cuidar de vuestra salvación, sino dejarla á la casualidad? Este es el partido de la desesperación y de la impiedad. ¿Que el instante de vuestra conversión está predefinido, y que algo mas ó menos de desorden no es capaz de adelantarle ni atrasarle? Pues atravesaos el corazón con un puñal ó arrojaos en un río, fiados en que está determinado el instante de vuestra muerte, y que esta temeridad no puede retardarla ni apresurarla. ¡Oh hombre! exclama el apóstol, respondiendo á

la locura é impiedad de este pretexto; ¿de este modo desprecias las riquezas de la bondad de tu Dios? ¿Ignoras acaso que su paciencia en sufrir tus desórdenes, lejos de autorizarlos, debe atraerte á la penitencia, y no obstante eso, su misma longanimidad es quien te asegura en la culpa? ¿Y quieres juntar á la obstinacion de tu corazon un abundante tesoro de ira para el terrible dia de la cuenta, en el que se le dará á cada uno segun sus obras?

La sola consecuencia racional que pudiérais inferir en el caso de que os faltara la gracia, es el que debíais rogar mas que otro alguno para alcanzarla, sin omitir diligencia alguna para aplacar la ira de un Dios irritado y que se ha retirado de vuestro corazon; vencer su resistencia con vuestras importunidades, separar de vosotros todo lo que separa su gracia de vuestro corazon, disponerle los caminos, apartar los estorbos que hasta ahora os lo han hecho inútil, evitar las ocasiones en que vuestra inocencia halla todos los dias nuevos escollos, y que acaban de cerrar vuestro corazon á las santas inspiraciones; este es el modo cristiano y prudente de glorificar á Dios, de confesar que él solo es el Señor de los corazones, y que todo dimana de él; pero el decir, como acostumbrais todos los dias, sin mudar vuestras desordenadas costumbres: Dios sabe muy bien cuándo me ha de buscar para hallarme, es decir, yo aun no pienso en él; puedo muy bien pasarme sin él; vivo feliz y tranquilo; cuando me fuerce sin que yo pueda resistir, entonces me rendiré; pero entre tanto, quiero gozar de mi fortuna y del privilegio que me concede de no convertirme aún. ¡Qué disposicion tan fatal para recibir aquella preciosa gracia que muda el corazon! Pues de este modo la espera con confianza el alma impenitente.

Estos son los pretextos que el pecador que dilata su con-

version opone por parte de Dios. Veamos ahora los que alega por parte de sí mismo.

SEGUNDA PARTE.

Extraordinaria cosa es, católicos, que siendo la vida tan corta, tan incierto el tiempo de la muerte, tan preciosos los instantes, tan raras las conversiones, tan frecuentes los ejemplos de los que mueren arrebatadamente, y tan terrible la memoria de lo porvenir, podamos formarnos á nosotros mismos tantos y tan frívolos pretextos para dilatar la mudanza de nuestra vida. En los demás peligros que amenazan á nuestra vida, á nuestra honra ó á nuestra fortuna, usamos de precauciones prontas y aceleradas, aun cuando sea dudoso el peligro, y en este asunto en que el peligro es cierto y presente, las precauciones siempre son inciertas y distantes. Parece, ó que la salvacion es una cosa arbitraria, ó que nuestra vida está en nuestras manos, ó que se nos ha prometido el tiempo de la penitencia, ó que es pequeño mal el morir sin haberla hecho, pues vemos á todos los pecadores vivir tranquilos con la esperanza de que se convertirán algun dia, sin que nunca llegue el caso de poner en ejecucion este deseo; y lo que hay mas incomprendible en la dilacion de su penitencia, es el que todos convienen en la necesidad que tienen de convertirse y en el mal estado de sus conciencias, que todos miran como la mayor de sus desgracias el morir en este triste estado, y no obstante, todos dilatan el salir de él alegando tan pueriles pretextos, que apenas son dignos de refutarse.

Los vanos pretextos que nos oponemos á nosotros mismos para dilatar la conversion que Dios nos pide, son la edad, las pasiones y las resultas de la mudanza de vida, las que tememos no poder sufrir.